

tos y desaciertos, pero que en este caso no se quiere enfrentar abiertamente. La crítica está velada por una actitud condescendiente. Debería estar claro el cambio rotundo en la obra de Obregón durante el decenio del 70, cuando abandona la pintura y se dedica a la ilustración en acrílicos brillantes. La figura humana lo invade y lo atrapa; así las evocaciones míticas y mágicas de Colombia se convierten en panfleto turístico para la promoción del país en el exterior.

Existe mucha resistencia en aceptar al Obregón decadente, y hay más de una explicación para ello. Una puede ser el fenómeno vanguardista de los costeños. Marco Palacios, en un ensayo titulado "La clase más ruidosa"¹, analiza cómo en el siglo XIX dominó la cultura bogotana, que expresaba "de un modo multifacético el aislamiento geográfico, cultural, comercial y político de Bogotá. El tono menor de esta pasividad sería, por ejemplo, el sentimiento nostálgico de finales del siglo XIX por el pasado colonial, por un Bogotá con el *cachet* de una verdadera población española". Obregón está montado en el tren de la costañización que conduce García Márquez y a la que dio combustible López Michelsen con sus tácticas electorales.

Como vemos en el libro, Obregón cumple entonces varios requisitos: tiene el abolengo español, forma parte del Grupo de Barranquilla y es ahora integrante símbolo de la nueva "clase más ruidosa". Todo este fondo sociológico también tiene que ver con el propósito inicial del libro, el cual, por su moderado costo y el empeño de una empresa del Estado, llegaría también a las clases populares. Por eso debía llevar párrafos enteros describiendo los abolengos de Obregón y su distinguida procedencia. No fue el estatus lo que hizo de él un buen pintor, y no por ello dejó de serlo.

Walter Engel y Marta Traba se refirieron a la obra de Obregón como un hecho y como una muestra de expresionismo romántico. Se referían a la buena época de Obregón, cuando su obra estaba llena de rigor. Cobo encuentra un nuevo denominador para su pintura "reciente": figuración

expresionista, y allí da una nueva visión de lo que es su pintura y le recorta todos los elementos que lo hicieron ser grande: la magia, el lirismo, la nostalgia, la visión evocativa. Todo, ahora, queda paralizado en un momento pictórico, y reducido a la anécdota figurativa. El libro de Juan Gustavo Cobo sobre Obregón es una lucha de contrarios. El quiere escribir para no decir, se subrayan ciertos puntos para omitir los otros; y Obregón se desboca ante la modernidad en una experiencia efímera. Ya sólo nos queda un libro más y la nostalgia.

ANA MARIA ESCALLON

Las parábolas del humor

Bestiario tropical

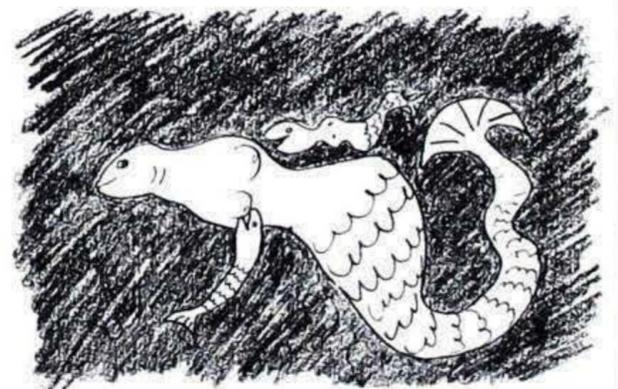
Alfredo Iriarte

Ediciones Gamma, 1986, 168 páginas.

Publicado en conjunto por el Diners Club (en cuya revista apareció inicialmente) y las ediciones Gamma, este libro, *Bestiario tropical*, es el volumen segundo de una colección que se anuncia. Blanco: nueve dictadores americanos (fenecidos, por supuesto): Gabriel García Moreno (Ecuador); Mariano Melgarejo (Bolivia); Agustín Morales (ídem); Juan Vicente Gómez (Venezuela); Rafael Trujillo Molina (República Dominicana); Maximiliano Hernández (El Salvador); Jorge Ubico (Guatemala); **Anastacho Somoza I** y **Anastacho Somoza II** (Nicaragua).

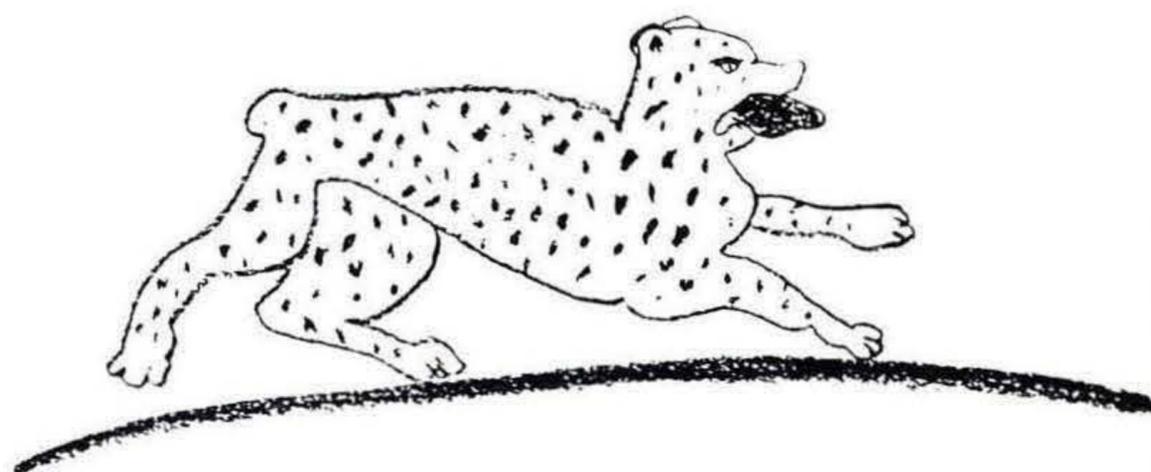
Leídas unas páginas, ya pensaba en Gabriel García Márquez. Claro: el libro se abre con Gabriel García Moreno y, fuera de eso —homenaje, eufonía o coincidencia—, el tema —los dictadores de América Latina— y la mención que del *Otoño* hace el propio Iriarte bastan para establecer un vínculo, al que, supongo, el mismo autor se resigna. No obstante, no se

busca citar al primero en detrimento del segundo ni mucho menos subrayar el parentesco (que suscitaría, claro está, el anecdotario) en torno a lo "real maravilloso"; tópico, por otra parte, ya completamente banal. Tampoco se intenta confrontar la novela y el supuesto documento, la invención y la fuente. Sobre todo porque *Bestiario tropical* no es un texto de historia. O, al menos, un texto convencional de historia. Escrito con elegancia y precisión, con esmero y con altura, más que un documento (a pesar de que está muy bien informado) es una pieza (¿magnífica?) del humor negro. El título mismo —fauna delirante— alude a esa concreción: nadie ignora —por la brutalidad, por la barbarie y el cinismo (¿qué diría Sarmiento?)— que la tiranocracia americana es un compendio de la más jocunda y aberrante zoología. Jocunda: porque los sátrapas han tenido instantes de absoluta iluminación. Iriarte, por ejemplo (y esto a guisa de abre bocas) cuenta lo siguiente:



Nuestro personaje [Mariano Melgarejo] tenía su propia concepción de la democracia y creía con profunda convicción que derribar a sus contendores a balazos era un procedimiento más práctico y expedito que el lento y engorroso del sufragio popular. Por lo tanto, y fiel a su pensamiento político, llegó al mando supremo de la Nación utilizando sus medios predilectos. Una vez instalado allí, improvisó un sesudo discurso inaugural en el que declaró que gobernaría a Bolivia hasta que le diera la gana y que al que no le gustara su designio lo haría matar a palos en la plaza pública. En seguida, se refirió a la Constitución Nacional vigente en los términos más respetuosos y comedidos, anunciando que se proponía realizar con ella la más íntima de todas las

¹ Revista Eco, No. 254 diciembre de 1982.



operaciones higiénicas que el hombre suele practicar en forma cotidiana, especialmente en las primeras horas del día. Iniciaban así los bolivianos una nueva era de libertades públicas, democracia e imperio del derecho y la justicia.

En Palacio empezaron a celebrarse festines y jolgorios desaforados que presidían el general Melgarejo y su concubina Juana Sánchez. El Primer Mandatario y sus invitados bebían cataratas de brandy, cerveza, y en altas horas el consabido anís con pólvora que Melgarejo y sus conmitones libaban principalmente para acreditar su fortaleza y virilidad indeclinables. Pero lo más insólito en estas jaranas era la presencia en ellas de Holofernes, el caballo favorito del Presidente, a quien su amo, con infinita paciencia, había enseñado a beber hasta embriagarse de la manera más aparatosa. Mientras los convidados bebían y le entraban a dentelladas al condumio en medio de estrepitosos regüeldos, Holofernes, en un ángulo del salón, agotaba toneles de cerveza en un abrevadero especial que los edecanes de Su Excelencia habían aparejado para el dichoso corcel. De todos los asistentes, los dos que siempre mostraban la mayor resistencia a los embates del licor y que, por ende, se emborrachaban de últimos, eran Melgarejo y Holofernes. Cuando los invitados, embrutecidos, yacían en el piso tumbados por la gula y la embriaguez, la gran diversión del Mandatario Supremo era dar una orden a Holofernes que, ya beodo y henchido por los copiosos diuréticos, avanzaba hacia los caídos en el báquico zafarrancho y los hisopeaba con potentes y cálidas micciones. Luego de generar estos inusitados aguaceros, Holofernes se ovillaba mansamente y dormía la mona junto con sus ensopados compañeros de juega.

[Págs. 47-49].

Anoto, de paso, que si Gargantúa se hubiese enterado, quién sabe qué no hubiera llovido sobre los campos de Francia.

Aberrante: si bien las dictaduras poseen un flanco folclórico —el de las anécdotas hilarantes— también poseen un flanco ofensivo. Que actúa,

la más de las veces, con mayor frecuencia y con más precisión que cualquier elemento de la tiranocracia. ¿Cómo pasar por alto las cárceles, las torturas, el infernal aparato inquisitivo (y coercitivo) de un dictador? ¿Cómo pasar por alto la muerte, la sangre, los ríos cubiertos de cuerpos hinchados?

Iriarte no los pasa por alto. Sólo que da a ese punto una dimensión distinta. Hay obras que analizan el fenómeno de la dictadura con rigor innegable (*Humanismo y terror*, de Merlau-Ponty, por ejemplo) y hay periódicos o personas que lo hacen con realismo execrable (fotos de los Somozas o de lo que imaginariamente quedó de los Somozas muertos). Ambos caen por un lado. O por exceso de abstracción —y la sangre abstracta es, como en el cine, anilina pintada— o por exceso de concreción. Si lo primero produce una conciencia teórica del fenómeno, lo segundo acaba por producir complicidad (inconsciente) con el crimen. Iriarte escoge una vía distinta. En su libro existe una contraposición entre la gravedad de los dictadores y el humor excelso con que está narrada dicha gravedad; existe un mismo tratamiento, una misma intensidad, un mismo fulgor, para el humor y el horror, para la risa y la muerte. Quizá por eso el texto es tan cálido, tan vivificante, tan vital. Y tal vez por eso mismo se intuye (o más bien: se comprende) que sólo el humor negro disponga de auténticas parábolas morales.

Por último: escuché y sigo escuchando elogios sobre la edición del libro. Sin duda, es hermoso. Por desgracia, a mí me recuerda demasiado las ediciones Siruela (la de Borges y Franco María Ricci): formato, papel y tipo son idénticos. Y da grima pen-

sar que, siendo los coeditores grupos con mucha solvencia, no hubiesen hecho el esfuerzo por algo más original.

MARIO JURSIK DURAN

Escisión entre el discurso pedagógico y la práctica cotidiana

El saber pedagógico del profesor en Medellín
Rafael Flórez Ochoa, Flor Alba Franco, Rocío Galvis.

Copiyepes, Medellín, 1985, 129 páginas.

El propósito de la investigación que aquí se reseña ha sido establecer qué modelos pedagógicos han guiado en el fondo a los profesores de las siete facultades de educación —tanto públicas como privadas— existentes en Medellín. Se considera que, entre los sectores docentes, éste es uno de los que muestra concepciones pedagógicas más elaboradas, en contraste con los maestros de primaria y secundaria, los cuales aún “no han superado cierta ingenuidad pedagógica”, como lo señalan los trabajos anteriores de Rafael Flórez.

Al abordar un elemento clave en la “cadena transmisora educativa de nuestra sociedad”, han querido los autores contribuir al análisis de aspectos particulares, de instituciones, de pequeños grupos sociales, que permita el conocimiento de los distintos modelos que han ido conformando los valores culturales y educativos de nuestra sociedad.

El estudio, cuyo enfoque es de índole descriptivo-explicativo, parte de la definición teórica de cinco modelos o paradigmas educativos —definidos con fundamento en factores que les son comunes, pero que se diferencian en la importancia que les conceden y en la forma y el grado de inte-